

## Guilles Martinet: El porvenir del gaullismo \*

Una operación quirúrgica puede constituirse en acontecimiento político por lo menos cuando el que la padece se llama el general De Gaulle.

Durante algunos días, a finales del mes de abril, el problema de la sucesión del jefe del Estado francés se ha revelado no como un problema lejano, sino como un problema cuya solución podía plantearse en cualquier momento.

Inmediatamente se vió quién era el hombre que, dentro del partido gubernamental, aparecía como "delfín". Este hombre es el primer ministro Pompidou; ha querido demostrar, con ocasión de un debate en la Asamblea Nacional que podrá ser algo más que un simple portavoz del general. Esta afirmación de autoridad estaba destinada a tranquilizar a los gaullistas. Pero, de hecho, a quienes ha dado grandes esperanzas ha sido a sus adversarios. Más vale, piensan éstos, tener que enfrentarse en la próxima elección presidencial con este tecnócrata de dudosa popularidad que con el viejo monstruo sagrado que ocupa desde hace seis años la escena política francesa.

Contra De Gaulle, los partidos del centro (radicales y MRP) y la derecha tradicional (los independientes) no se atrevían a presentar candidatos. Esto daba una oportunidad relativa a Gastos Defferre, designado por el congreso SFIO. Pero frente a Pompidou todo el mundo querrá situarse. Habrá un candidato de la derecha clásica, uno o varios candidatos del centro, y en estas condiciones probablemente un candidato del partido comunista. Naturalmente algunos se harían pagar la retirada; y se harán y desharán múltiples alianzas antes de llegar a la famosa competición. Pero nuestro propósito no es establecer un pronóstico electoral: nos proponemos *analizar la significación del fenómeno político que ha surgido en el momento de la operación del general De Gaulle.*

Que éste, recobrando fuerzas y salud se presenta a las elecciones de 1965 o que, por el contrario, afectado por la enfermedad, se retira en esta fecha

\* ¿Cuál es la significación del gaullismo? ¿Cuáles son sus rasgos diferenciales y, por el contrario, las características comunes con los otros regímenes capitalistas? Sobre estas cuestiones que han apasionado

y apasionan a la izquierda europea he aquí una colaboración de GUILLES MARTINET, director del semanario parisino "France-Observateur", miembro directivo del PSU, autor de *Le Marxisme de notre temps.*

algo ha quedado en claro: *toda una parte del sistema político que ha constituido está ligada a su persona y desaparecerá con él.*

¿Cuál era, pues, el objetivo del general De Gaulle? Acabar con los partidos, sustituir al poder que estos partidos tienen en el seno de una democracia parlamentaria el poder del presidente de la República elegido por sufragio universal. En su sistema todo gira alrededor de la designación de un "guía" nacional, de un hombre cuya misión será dirigir al país. Algunos miembros de la oposición, los mismos que han lanzado la candidatura de Defferre, han creído descubrir en este sistema cierto número de aspectos positivos. Según ellos, la designación del presidente de la República por sufragio universal no conduce necesariamente a la "monarquía electiva" deseada por De Gaulle. Puede también permitir la instauración de un régimen presidencial de tipo americano que tendría la ventaja de simplificar la vida política francesa. En lugar de la multiplicidad de partidos habría dos grandes fuerzas frente a frente —una de derechas y otra de izquierdas— representadas por dos líderes capaces de imponer su arbitraje.

Aunque esta concesión sea, en efecto, diferente de la del general De Gaulle, se basa en una ilusión idéntica: el creer que basta modificar las estructuras constitucionales de un país para transformar todos los datos políticos. De Gaulle ejerce desde hace seis años una dictadura de hecho. De este modo ha logrado enmascarar gran número de problemas. Pero en cuanto la máscara empieza a levantarse vemos aparecer el aspecto tradicional de la Francia política. Que la máscara caiga completamente, que De Gaulle desaparezca de escena, y veremos reaparecer a todos los partidos de antaño. Todos más uno nuevo que, en realidad, existe bajo diferentes formas desde 1947: la UNR, el propio partido del general. Ninguna de estas formaciones puede esperar reunir por sí sola una mayoría (la UNR sin De Gaulle no da más del 20 por 100 de los sufragios; ha obtenido apenas el 10 por 100 de los escaños en las últimas elecciones cantonales). Volvemos, pues, a la fórmula de las alianzas y de las condiciones. Para tener una probabilidad de ser elegido Pompidou debe llegar a un acuerdo con Pinay y Defferre con el conjunto de la izquierda, incluidos los comunistas. La elección para la presidencia se convierte, pues, según esta hipótesis, en un episodio entre otros, dentro del marco de una batalla política general, y no el centro único de esta disputa.

¿Significa esto que, desaparecido De Gaulle, Francia retornará tranquilamente a la forma de democracia parlamentaria que ha conocido desde los años 1880 (con dos interrupciones: de 1940 a 1944 y a partir de 1958)? No lo creo así.

Un análisis político serio se basa necesariamente en la apreciación de las fuerzas sociales y de su dinámica. Luego, aunque es evidente que la obra institucional del régimen es una obra frágil, *no ocurre lo mismo con la evolución de las estructuras económicas y administrativas que éste haya provocado, y acentuado.*

Mucho antes del golpe de estado del mes de mayo de 1958 habíamos asistido al nacimiento y al desarrollo de toda una serie de centros de decisión sobre los que no actuaba prácticamente ningún control democrático. Este fue en especial el caso de: 1) organismos de planificación cuyas comisiones han permitido la creación de lazos orgánicos permanentes entre los representantes del sector público y los de las grandes empresas privadas; 2) los comités re-

gionales de expansión cuya influencia ha sido a menudo más importante que la de los consejos generales electos; 3) las sociedades de economía mixta; 4) los diferentes comités financieros y de productividad; 5) la radio y la televisión, que han constituido siempre monopolios gubernamentales.

El parlamento en el plano nacional, los consejos generales en el plano provincial, las municipalidades en el de las ciudades, se veían en la imposibilidad de impugnar seriamente estos centros de decisión cuya actividad pesaba cada vez más sobre la orientación de la vida nacional. Si a esto se añade la autonomía cada vez mayor que ha conquistado el ejército, no sólo en el terreno de las operaciones coloniales, sino también en el del sector económico que dependen de él, se comprenden mejor ciertos aspectos de la decadencia de la democracia parlamentaria en los años 1950. Esta decadencia es inseparable del desarrollo del neo-capitalismo y de su íntima asociación con los organismos del Estado.

El régimen gaullista ha acrecentado la importancia de los centros de decisión que existían antes que él y ha reducido de manera considerable los elementos de control democrático que quedaban. *Más aún que el régimen del "poder personal" es el de la tecnocracia autoritaria.*

Esta tendencia se ha confirmado tanto en el plano regional y provincial (mayores poderes de los prefectos, creación de un "distrito de París" y más tarde de distritos regionales para los que no ha sido prevista ninguna asamblea electa), como en el plano de la gestión de la seguridad social, de los organismos de viviendas a precio reducido, de las obras universitarias, etc. En todas partes la representación por elección ha sido reducida en beneficio de los tecnócratas y de las personalidades designadas por el poder.

Al mismo tiempo una amplia campaña de "despoliticización" ha sido llevada a cabo con ayuda de la radio, de la televisión y de parte de la prensa. A los ciudadanos se les considera cada vez más como consumidores a quienes se accede a explicar la política realizada, pero con la condición de que no se preocupen de hacerla ellos. El tema de la seguridad, de la continuidad, de la estabilidad aseguradas y garantizadas por el jefe del estado se ha convertido en el tema central del régimen.

El simple restablecimiento del antiguo sistema parlamentario no podría en estas condiciones dar respuesta a los problemas de la sociedad francesa tal como existe hoy. En el último "coloquio socialista" organizado en París bajo la égida de cierto número de organizaciones de izquierda, un orador trató de poner en claro las razones técnicas que impedían al Parlamento ejercer actualmente sus poderes de control. "Haría falta —dijo— que los diputados dispusieran de verdaderos servicios de estudios, de talleres y de máquinas electrónicas." Pero la verdad es que este control técnico, aunque se efectuase, se revelaría muy pronto insuficiente. La evolución de la sociedad capitalista moderna hace cada vez más urgente la realización del programa de la democracia socialista, democracia de oponer a la dirección tecnocrática de la economía y de la sociedad la participación de los trabajadores en todos los niveles de gestión y de decisión.

Quien se niega a considerar que la alternativa al gaullismo es una alternativa socialista, acepta todos los riesgos de la sucesión pero sin permitir al movimiento obrero enfrentarse con estos riesgos. ¿Qué va, pues, a suceder cuando De Gaulle desaparezca de escena? Primero aparecerá un profundo

desequilibrio entre las fuerzas que tratarán de imponerse; más tarde intervendrán compromisos que asegurarán, según el estado actual de cosas, el predominio de una coalición del centro y de la derecha. Pero estos compromisos serán muy frágiles, pues aunque es cierto que detrás de la máscara gaullista la fisonomía de la Francia política apenas ha cambiado, no es menos cierto que esta Francia política ha perdido la mayor parte de las raíces que la unían a los estratos más profundos del país. Y este divorcio entre los antiguos dirigentes políticos y las masas populares será tanto más profundo cuanto que las aspiraciones de estas masas en Francia, como en el resto de Europa, tienden hacia la izquierda y no hacia la derecha. Todas las contradicciones que De Gaulle supera con su dictadura de hecho, resurgirán violentamente sin que el sistema político que éste habrá legado al país pueda afrontarlas.

Desde este momento la tentación de un golpe de Estado será una tentación permanente para una parte del gran capitalismo, de la alta administración y del ejército (que verá entonces una ocasión para tomarse la revancha de las humillaciones que le ha infligido De Gaulle). Las instituciones gaullistas no son viables sin De Gaulle, pero las estructuras administrativas y económicas que el gaullismo ha implantado favorecen la aparición de un neo-gaullismo que abandonará el aspecto "liberal" que De Gaulle, gracias a su autoridad y a su prestigio, logra mantener.

*Por ello el movimiento obrero no puede contentarse con luchar en una línea defensiva.* El aceptar, como hace Gaston Defferre, el sistema político del régimen dando a entender que puede imponerse una solución de izquierda dentro de este marco, es un absurdo. Es cierto que el cuerpo electoral, en su mayoría, no es actualmente hostil al régimen (aunque critique la política social de dicho régimen) y que no desea un retorno a la 4.<sup>a</sup> República. Puede, pues, existir la tentación por una preocupación táctica, de no herir directamente un sentimiento tan general y de "seguir la corriente". Pero tal postura supone un análisis muy superficial de los cambios que se están actualmente verificando en Francia.

Existe de hecho una actitud de resignación frente al régimen que corresponde al fenómeno de despolitización de que hablábamos antes. Pero al mismo tiempo las luchas sociales en las que se encuentra empeñada una parte importante de los trabajadores asalariados y de los campesinos, desembocan ya en problemas de control y de gestión. El horizonte de la tradicional lucha reivindicadora debe ser superado si se quiere evitar la rutina en la cual corren peligro de estancarse el movimiento sindical y los partidos políticos que lo sostienen. Por ello es imposible librar un combate democrático que no esté ligado a la perspectiva de derribar el sistema gaullista y a la instauración de una nueva democracia que haga estallar los límites del régimen parlamentario tradicional.

Toda la estrategia del movimiento obrero y de las fuerzas sociales debe tender hacia este objetivo. Naturalmente no hay que contentarse con proclamar la necesidad de una alternativa socialista. Hay que iniciar desde ahora la lucha por esta alternativa, orientar en este sentido las consignas inmediatas y aprovechar todas las ocasiones para desarrollar la toma de conciencia de las masas populares.

Algunos elementos de la izquierda francesa reprochan a los que preconizan esta estrategia el no plantear los "puntos previos" al derrocamiento del

régimen. "Tenéis razón, dicen, en oponeros a Defferre cuando acepta las instituciones gaullistas. Pero vosotros mismos extendéis la ilusión que se puede desde ahora dar la batalla por el socialismo. Sin embargo, esta batalla supone que la democracia ha sido previamente restablecida. Hay que acabar primero con el régimen y después hablar de socialismo." Esta postura, que se inspira en una tradición de la lucha antifascista, no corresponde en absoluto a las condiciones de la situación presente. Y creo que sobre este punto hay que expresarse con toda claridad.

De Gaulle ha vuelto al poder tras un golpe de Estado, el del 13 de mayo de 1958, en Argel. Hasta el final de la guerra de Argelia, es decir, hasta el año 1962, la amenaza de una dictadura militar no ha cesado de pesar sobre el país. Pero esta amenaza estaba, en realidad, directamente unida a la guerra colonial: no se inscribía en la dinámica de la sociedad francesa y de las fuerzas neo-capitalistas que la dominan. Una vez terminado el asunto argelino, apareció la verdadera fisonomía del nuevo régimen: la del Estado tecnocrático y no la del fascismo tradicional. Como hemos visto, este aspecto puede transformarse tras la desaparición de De Gaulle, y nuevas amenazas pueden aparecer producto a la vez de los desequilibrios internos del régimen y de la relativa pasividad de las masas populares. Pero, por el momento, en el nivel actual de nuestro combate, no es considerable la diferencia entre la política económica y social del régimen gaullista y la seguida en los otros países europeos. No quiero decir con esto que el sistema francés se asemeja a los sistemas italiano, alemán o británico; quiero decir que los movimientos obreros de estos países deben enfrentarse con problemas análogos.

*La "apertura a izquierda" del neo-capitalismo puede tomar la apariencia de un llamamiento a la colaboración de las fuerzas socialistas o también la de un llamamiento directo a las masas populares, llamamiento dirigido por un jefe "de prestigio" por encima de las cabezas de los partidos. La forma tiene, sin duda, mucha importancia (pues las posibilidades de maniobras del movimiento obrero no son las mismas en un caso o en otro), pero hay que preocuparse también del contenido y este contenido es sensiblemente el mismo cualesquiera que sean los países en cuestión.*

El gaullismo se apoya sobre la coalición de los grandes intereses del capitalismo moderno y de la alta administración; sin embargo esta coalición puede, en cierta medida, diferenciarse de las fuerzas reaccionarias clásicas. Naturalmente, cuando surgen dificultades cada vez que aparece la necesidad de una estabilización, se ve reaparecer la real estratificación por clases. Pero en los períodos más favorables el sistema puede conducir a engaño. Pueden concederse ciertas ventajas a la clase obrera, ser propuestas reformas o introducida cierta planificación. *Si el gaullismo no hubiera tenido un aspecto de «centro-izquierda» no se comprendería el éxito electoral que ha obtenido en las regiones industriales del país, y en primer lugar en la región parisina en las elecciones de 1962.*

Por tanto, la estrategia que debemos desplegar actualmente en Francia no me parece radicalmente diferente de la que los verdaderos socialistas deben tratar de imponer en toda Europa. No se trata de oponer una perspectiva "revolucionaria" a una perspectiva "reformista". Ya que toda perspectiva revolucionaria debe partir de la realidad actual, de las aspiraciones reales y no imaginarias de las masas, de la dinámica del desarrollo capitalista. Se trata,

pues, de hacer surgir la alternativa socialista de la lucha contra el neocapitalismo, bien acomodándose al sistema parlamentario, bien orientándose hacia sistemas de tipo más autoritario.

Piensen lo que piensen algunos viejos republicanos, la oposición a De Gaulle tiene poco que ver con la oposición al fascismo. No basta con unir en la lucha a todos los adversarios del régimen y preparar la restauración de la legalidad republicana. Hay que utilizar las contradicciones del régimen, agravar sus desequilibrios. Abrir brechas, tratar de conquistar nuevas posiciones de poder.

Esto es cierto al nivel de la política interior, económica y social, pero también lo es a nivel político-internacional. Las iniciativas tomadas por el general De Gaulle en este terreno han sorprendido, y en cierto modo molestado, a una parte de la oposición. Esta reacción no se explica sino en la medida en que esta parte de la oposición no ha comprendido realmente lo que era el régimen degaullista. Este no podría evitar, naturalmente, las determinaciones fundamentales que gobiernan la política de un Estado capitalista. Pero, dentro de estos límites, puede perfectamente llevar bastante lejos su oposición al imperialismo americano. El problema de las relaciones Europa-Estados Unidos es un problema histórico que se plantea tanto para los capitalistas como para los socialistas. Pero mientras la respuesta de los primeros no puede ser más que parcial, limitada y perpetuamente susceptible de revisión (por cuanto la necesidad de la protección americana sigue siendo un imperativo de la burguesía europea), la respuesta de los segundos puede conducir a una solución real y definitiva. Por ello, lejos de paralizar a la izquierda francesa la política internacional gaullista (que sólo cuenta con el apoyo de una fracción minoritaria del capitalismo y de la alta administración), debería incitarla a mostrarse más activa y más mordiente en su lucha por la independencia europea. También en este punto la actitud que ha tomado el candidato de la S. F. I. O. (la no oposición "negativa" con respecto a los Estados Unidos) es una actitud indefendible.

La vida política francesa está tomando en estos momentos un nuevo rumbo. El régimen gaullista que se se ha impuesto hace seis años presenta a la vez elementos fuertes y débiles. Los fuertes provienen de la inadaptación del régimen parlamentario tradicional a la evolución de las sociedades industriales modernas. Sus elementos débiles provienen de la fragilidad de superestructuras políticas que no tienen raíces serias dentro del país. Bajo este punto de vista existe un indudable parentesco entre el gaullismo y la tradición bonapartista. El partido napoleónico desapareció con la derrota de su fundador. Resurgió de sus cenizas en 1852 para desaparecer con la caída del segundo Napoleón. Sus victorias brillantes, pero efímeras, se explicaban por el hecho de que *tras la caída del régimen monárquico, Francia ha tardado casi un siglo en encontrar su equilibrio*. Entre la revolución de 1789 y la instauración de un verdadero sistema parlamentario en 1880, la historia del país ha sido dominada por una serie de revoluciones y contrarrevoluciones. De igual modo el gaullismo se sitúa dentro de una época de transición cuya duración es todavía imposible determinar.

El sistema parlamentario instaurado en 1880 ha sido profundamente afectado por la gran crisis de 1934-36 (crecimiento del fascismo y frente popular) y desde esta crisis *la sociedad francesa vive en un estado de desequilibrio po-*

*lítico permanente.* El consensus general sobre el que se basaba la democracia burguesa (y que sólo era discutido por una fracción del movimiento socialista) no existe ya. No hay acuerdo ni sobre los objetivos económicos, ni sobre el equilibrio de las fuerzas sociales, ni sobre la política exterior. Es esta falta de acuerdo, más aún que las dificultades provocadas por la continuación de las guerras coloniales, lo que explica los dramas y la caída de la IV República. El gaullismo ha tratado de resolver el problema según el modo bonapartista; es decir, utilizando alternativamente la fuerza del Estado y la demagogia popular. Sin embargo el estilo bonapartista tuvo su época. Más tarde o más temprano será necesario escoger de un modo definitivo, en un sentido o en otro entre las opciones fundamentales planteadas a este país como al resto de los países europeos.

Esta es, pues, la gran oportunidad de los partidarios de la alternativa socialista y de la estrategia que éstos piensan desplegar.

(Trad. M. ROLLAND)